

Una lectura triádica los escritos prepsicoanalíticos de Sigmund Freud

Germán Rosso
Universidad de Buenos Aires
ger.rosso@hotmail.com

1. Introducción¹

En este artículo se apunta a situar algunos puntos de vinculación entre el pensamiento de Charles S. Peirce y la obra de Sigmund Freud. Sobre el primero, se indagará sobre todo en su “serie metafísica” publicada en *The Monist* durante el último decenio del siglo XIX y en su libro inconcluso *Una conjetura para el acertijo*² (CP 1.354-416, 1887). El valor de estos escritos para nuestro objetivo reside en que en ellos Peirce intenta aplicar su naciente tricotomía a diferentes disciplinas, entre ellas a la psicología de la época y a la fisiología.

Respecto de la obra de Freud, se trabajará principalmente en el terreno de sus escritos prepsicoanalíticos, aunque se tenderán puentes hacia ciertas zonas de su posterior metapsicología. Nos interesará sobre todo su también inédito e inconcluso trabajo, *Proyecto de psicología*³ (1986 [1895]), donde el autor intentó fundamentar su naciente disciplina en la fisiología y el funcionamiento del sistema nervioso. Si bien abandonó estas intenciones, se trata de un valioso primer intento de sistematización completa de sus hipótesis.

Puede considerarse a este artículo como una revisión de textos claves –pero a la vez paradójicamente inconclusos y reacios a ser publicados– para comprender el desarrollo de las posteriores teorías de cada autor. Léanse, entonces, las siguientes páginas como un intento por asentar un suelo común entre Freud y Peirce sobre el que se conducirán futuras indagaciones.

2. La primeridad y el principio de inercia

En *Proyecto*, Freud parte de “dos ideas rectoras: [1]) concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una Q sometida a la ley general del movimiento, y 2) suponer como partículas materiales las neuronas” (1986 [1895]: 339). Sobre esto último, debe tenerse en cuenta que Freud utilizará el concepto “neurona” como unidad mínima del sistema nervioso, soporte material —tal como señala la cita— que sostiene todo lo que acontece en la

mente. Con Q^4 se referirá a la cantidad, entendiendo que por el sistema nervioso circula una corriente de energía que carga de excitación a las neuronas –las *investe*, aunque este proceso es todavía concebido enteramente como material. En términos del autor, se trata de concebir a la “excitación neuronal como cantidades fluyentes” (ídem: 340).

De su primera proposición se desprenderá el *principio de la inercia neuronal*, según el cual “las neuronas procuran aliviarse de la cantidad” (ídem). En la obra posterior de Freud este principio continuará operando bajo el nombre de *principio de constancia*: “hipótesis de que el aparato anímico se afana por mantener lo más baja posible, o al menos constante, la cantidad de excitación presente en él” (1984 [1920]: 54). Otra descripción cronológicamente anterior, y más cercana a la terminología de *Proyecto*, es la siguiente: “El sistema nervioso es un aparato al que le está deparada la función de liberarse de los estímulos que le llegan, de rebajarlos al nivel mínimo posible; dicho de otro modo: es un aparato que, de ser posible, querría conservarse exento de todo estímulo” (1984 [1915]: 115). Sobre el final repasaremos algunas de las tensiones en la formulación de este principio.

Es aquí donde encontramos un primer punto de vinculación con los planteos metafísicos de Peirce. En *Conjetura*, el autor presenta uno de los primeros desarrollos acerca de su tricotomía. Desde el inicio se advierte que la primeridad, la segundidad y la terceridad deben ser consideradas como “ideas tan amplias que pueden ser miradas más como modos (*moods*) o tonos (*tones*) del pensamiento” (CP 1.355, 1887). En esta sección nos detendremos en la primeridad, entendida como “aquello cuyo ser es simplemente él mismo, no refiriéndose a ninguna cosa ni situándose tras alguna cosa” (CP 1.356, 1887). Lo primero está asociado a la inmediatez, ya que “debe ser/estar fresco y nuevo pues, si es antiguo, es segundo para su estado primero (...) así, solamente confiesa ser el objeto de alguna sensación” (CP 1.357, 1887).

En *La arquitectura de las teorías*⁵ (CP 6.7-34, 1891), Peirce aplica su pensamiento triádico a la psicología de la época.⁶ Aquí la primeridad es identificada con los Sentimientos [Feelings]: “comprenden todo lo que es inmediatamente presente, como el dolor, lo azul, la alegría, o el sentimiento que nace cuando contemplamos una teoría consistente, etc.” (CP 6.18, 1891).

Al pasar al terreno de la fisiología, destaca que sus categorías se vuelven más comprensibles: “La nubosidad de las nociones psicológicas puede ser corregida conectando estas nociones con las concepciones fisiológicas. Puede suponerse que el sentimiento existe siempre que una célula nerviosa esté en un estado de excitación” (CP 6.22, 1891). Volver sobre *Conjetura* puede ayudarnos a comprender este pasaje, donde luego de un extenso análisis de las propiedades del protoplasma se llega a la conclusión de que “la excitación de

las células” en tanto “sensibilidad” (CP 1.393, 1887), es decir, no como un hecho sino como una posibilidad o capacidad, debiendo ser entendida como primaridad. En biología se la conoce como la propiedad de la irritabilidad.

Esto posibilita sostener que la capacidad de las neuronas de ser afectadas por cantidades (enunciada por Freud en su primer principio fundamental como el pasaje del “reposo” –de su inercia inicial– a la “actividad” –forzado por el choque con Q) es lo que debe ser comprendido como primaridad. El principio de inercia da cuenta de un estado en el ser vivo en el que existiría de modo “casi por completo inerte” (1984 [1915]: 114), es decir, un sentimiento primero, inmediato, sin referencia a otra cosa, que, como veremos a continuación, es *interrumpido* por un segundo sentimiento vinculado a la excitación o aumento de cantidad.

3. La segundidad y la cantidad. El lugar de la descarga.

En sus cartas a Lady Welby, Peirce define a la segundidad como una “experiencia de esfuerzo” (CP 8.330, 1904). Por experiencia, el autor entiende un cambio de estado, “esa conciencia de la acción de un nuevo sentir, que destruye el sentir antiguo, es lo que llamo una experiencia. Por lo general, la experiencia es aquello que el curso de la vida me ha *obligado* a pensar” (ídem).⁷

Esto nos remite a la idea de Q, que debe ser entendida en los términos de “un nuevo sentir”: esa cantidad de energía ocasiona que la neurona pase de su estado de *reposo* o *inerte* a su estado de *excitación* o *actividad*. Pero el principio de inercia que gobierna el sistema reclama que las neuronas se mantengan exentas de estímulo, por lo cual surge la función primaria de los sistemas neuronales: la *descarga*, es decir, la evacuación de los excesos de cantidad de energía.

La excitación de las neuronas puede tener dos fuentes, lo que además habilita a dos tipos de respuestas: por un lado están los estímulos externos, que pueden resolverse con “una *huida del estímulo*” como respuesta (1986 [1895]: 341), lo que fundamenta la existencia de, por ejemplo, el movimiento reflejo (ídem: 340); por otro lado, existen “estímulos desde el elemento corporal mismo, estímulos endógenos que de igual modo deben ser descargados. Estos provienen de células del cuerpo y dan por resultado las grandes necesidades: hambre, respiración, sexualidad. De estos estímulos el organismo no se puede sustraer como de los estímulos exteriores, no puede aplicar su Q para huir del estímulo” (ídem: 341). Nos encontramos en las antípodas del concepto de pulsión.

Lograr la descarga de la cantidad aportada por estos estímulos internos requerirá un cambio importante en la arquitectura del sistema neuronal. Según Freud, ellos sólo cesan cuando se cumplen ciertas *condiciones* en el mundo exterior—*acciones específicas* (como suministrarse alimento o alcanzar el objeto sexual⁸). Además, colocan al individuo ante un *premio de la vida*, es decir, ante el peligro de caer en la frustración si no se cumplen con tales requisitos específicos, dotando así a este tipo de estímulos de una particular fuerza y de un carácter insistente. Para poder cumplir con las acciones específicas, un grupo de neuronas deberá devenir *reservorio* de energía:

“...el sistema de neuronas está forzado a resignar la originaria tendencia a la inercia, es decir, al nivel cero. Tiene que admitir un acopio de *Q* para solventar las demandas de la acción específica. No obstante, en el modo en que lo hace se muestra la perduración de la misma tendencia, modificada en el afán de mantener al menos la *Q* lo más baja posible y defenderse de cualquier acrecentamiento, es decir, mantenerla constante” (ídem).

Como detalla la cita, ahora una determinada cantidad de energía ocupa esta constelación de neuronas. Sin embargo, el principio de inercia sigue rigiendo: su nuevo objetivo es mantener el nivel de energía estable, tomándolo como nueva referencia para evitar futuros excesos. Volveremos sobre la permanencia de este principio en las conclusiones.

Gracias al acopio podrá aparecer la función secundaria, la cual el sistema neuronal desarrolla para responder a los estímulos endógenos por “camino de descarga” específicos (ídem: 340-341). Reflexionaremos acerca de la idea de “camino” en la siguiente sección.

Volviendo a Peirce, en *Arquitectura* la segundidad es aplicada nuevamente a la psicología y a la fisiología. En el terreno de la primera, planteará que los Sentimientos (primeridad) son *irrumpidos* por Sensaciones de reacción: “como cuando una persona con los ojos vendados de pronto *choca* contra un poste, cuando hacemos un *esfuerzo* muscular, o cuando un sentimiento cualquiera da lugar a un nuevo sentimiento” (las cursivas son nuestras) (*CP* 6.19, 1891). Peirce destaca que en los instantes de transición entre sensaciones tiene lugar un “sobresalto [*shock*], un sentimiento de reacción” (ídem). En el caso de las neuronas de Freud, es justamente *Q* lo que causa ese *shock* que *fuerza* al cambio de sensación, del estado *inerte* originario al estado de *tensión* o *activo*, cumpliendo así un requisito planteado por Peirce: “la *sensación* [*sensation*] de reacción no puede existir más que en la presencia efectiva de las dos sensaciones [*feelings*]” (ídem).

Al pasar al terreno fisiológico, Peirce señala que “la alteración de sentimiento, o sentido de reacción, acompaña a la transmisión de alteración

entre células nerviosas o desde una célula nerviosa a una célula muscular o a la estimulación externa de una célula nerviosa” (CP 6.22, 1891). Lo que aquí introduce el autor guarda fuertes similitudes con lo que Freud llama *descarga*, ya sea en otra neurona (avanzaremos más sobre esto al hablar de la *facilitación* en la siguiente sección), ya sea mediante algo similar al movimiento reflejo. En *Conjetura*, la cercanía es aún mayor, ya que Peirce utiliza el mismo término que Freud: “el sentido de acción y reacción o sentido polar, como nos gusta llamarlo [así se refiere en el texto a la segundidad], está plenamente conectado con la descarga de la energía nerviosa a través de las fibras nerviosas” (CP 1.386, 1877).

4. Cuando la descarga se repite: la terceridad como facilitaciones y hábitos

Antes de tratar el contenido de esta sección será necesario un breve rodeo que nos llevará a analizar el segundo principio rector propuesto por Freud: la teoría de las neuronas. Además de proponer que en ellas residiría el carácter material de los procesos psíquicos, se retomaba tesis de la histología de la época de que las neuronas poseen una arquitectura particular. En ellas estarían “prefiguradas ciertas orientaciones de conducción, pues con prolongaciones celulares reciben, y con cilindros-eje libran [su función es la descarga]” (1986 [1895]: 342). Las neuronas se encuentran unas con otras gracias a estas prolongaciones, en el sentido de que “terminan unas en otras como en partes de tejido ajeno” (ídem).

Dichos nexos pueden adquirir dos características distintas: atendiendo a la función primaria, pueden devenir contactos que faciliten la conducción de corriente y la descarga mediante movimiento reflejo; mientras que, por la función secundaria que exige el almacenamiento de *Qñ*, los contactos pueden volverse resistencias que se oponen a la descarga. Así se entienden a las *barreras-contacto*.

La proposición sobre las barreras-contacto permite explicar la memoria como “la aptitud para ser alterado duraderamente por un proceso único, lo cual ofrece llamativa oposición con la conducta de una materia que deja pasar un movimiento de onda, tras lo cual regresa a su estado anterior” (ídem). Comienza a perfilarse la existencia de dos grupos de neuronas: aquellas inalterables, que vuelve a su estado original tras desagotar *Qñ*; y aquellas capaces de quedar *influidas duraderamente*, alteradas, por la recepción y descarga de excitación. De este modo se fundamenta la incompatibilidad de base entre la percepción —aquella en la que no quedan huellas— y la

memoria —que conserva marcas de lo acontecido—, explicada a través de la existencia “material” de conjuntos neuronales con características diferentes.

Aplicando el supuesto de las barreras-contacto a esta diferenciación, Freud especifica las características de aquellos dos grupos de neuronas: las primeras dejan pasar Q_n como si no tuvieran ninguna barrera-contacto —es decir, no retienen cantidad y tras la excitación retornan a su estado anterior— mientras que las barreras-contacto de las segundas se tornan resistentes y no permiten pasar de modo directo Q_n —es decir, retienen cantidad y “tras cada excitación, pueden quedar en un estado otro que antes, y así dan por resultado una *posibilidad de constituir la memoria*” (ídem, 344). Las primeras recibirán el nombre de pasaderas(ϕ), las segundas de no pasaderas (Ψ).

Por otro lado, ciertas barreras-contacto de las neuronas Ψ pueden ser alteradas de modo permanente en el decurso excitatorio, de modo que se vuelven más susceptibles a la conducción y menos impasaderas (asemejándose al conjunto ϕ). Este “aprender-sobre” los caminos apropiados para la conducción recibe el nombre de *facilitación*. Aquí podemos retomar lo que habíamos dejado pendiente sobre los caminos específicos de descarga, puesto que en ello consisten las facilitaciones. Estas conexiones, que permiten la circulación energía, se logran gracias a dos factores: “la Q_n que dentro del proceso excitatorio corre a través de la neurona [*magnitud de la impresión*], y del número [*frecuencia*] de repeticiones del proceso” (ídem, 345). Además, la memoria puede comprenderse ahora como “*constituida por las facilitaciones existentes entre las neuronas*” (ídem, 344), y su función consistirá en señalar los caminos predilectos para el decurso excitatorio.

Debemos considerar además que el fin de las facilitaciones es servir a la función primaria de descarga, pero en un contexto diferente del que hablamos en un principio. El *apremio de la vida* exigió que ciertas neuronas retuvieran Q_n , deviniendo impasaderas y a la vez elevando la tolerancia de excitación del “nivel cero” a cierto grado de cantidad. Pero el principio de inercia no deja de regir, por lo que las facilitaciones se vuelven necesarias para desagotar los nuevos excesos de Q_n . Sin embargo, éstas no consisten en una conversión completa de una neurona Ψ en ϕ , porque de ser así no tendría sentido su diferenciación. “Es preciso atribuir a toda neurona Ψ , en general, varios caminos de conexión con otras neuronas; por tanto, varias barreras-contacto. En esto, en efecto, descansa la posibilidad de la selección que es determinada por la *facilitación*” (ídem). Por lo tanto, la *facilitación* no consiste en la reducción completa de la resistencia en todas las barreras-contacto de la neurona Ψ , lo que la tornaría pasadera, sino en la *preferencia de algunas de ellas como vía de descarga*.

A esta altura, resultará claro con qué modo de ser de la tricotomía peirceana se vincula la facilitación: nos encontramos en el terreno de la terceridad, aquello “que sirve de puente sobre el abismo entre lo primero absoluto y lo último, y los pone en relación” (CP 1.359, 1887). La terceridad permite el vínculo entre dos estados. Aplicado a lo que recién explicábamos, las facilitaciones funcionan como terceridad en el sentido de que ponen en relación un determinado estado de la neurona —*activo*, o de excitación— con un camino *específico* para la descarga de energía, lo que dará lugar a otro estado en la neurona —en este caso, un estado anterior, de reposo o *inerte*.

En *Arquitectura*, Peirce refiere con el nombre de “concepciones generales” a la terceridad en el terreno de la psicología, las cuales consisten en una toma de consciencia sobre la existencia de hábitos: “cuando pensamos, somos conscientes de que una *conexión entre sentimientos* está *determinada* por una *regla general*, nos damos cuenta de que estamos *gobernados por un hábito*” (las cursivas son nuestras) (CP 6.20, 1891). Pero estas conexiones no se logran de cualquier modo: “una nueva alteración será capaz de asimilarse al que lo precedía. Los sentimientos, al ser excitados, se tornan más fácilmente excitables, especialmente en los modos en los que habían sido excitados previamente. La conciencia de tal hábito constituye una concepción general” (CP 6.21, 1891). El hábito aparece fundado en la repetición de un determinado camino de descarga previo a los reclamos de la nueva excitación, al igual que sucede con las facilitaciones.

Al aplicar este concepto a la fisiología, Peirce explica que “las concepciones generales surgen de la formación de hábitos en la materia nerviosa, que son cambios moleculares que se siguen de su actividad y que probablemente tienen que ver con su nutrición” (CP 6.22, 1891). Si bien Freud no se refiere específicamente a la función de nutrición de las neuronas, la vinculación entre esos hábitos como “cambios moleculares” luego de la actividad y las facilitaciones como “memoria” (o cambios duraderos en las barreras-contacto) luego del decurso excitatorio asemeja aún más ambos conceptos.

En *Conjetura* puede hallarse un estudio más completo sobre la terceridad como hábito en la fisiología. Aquí el autor señala que la conciencia sintética, el aprendizaje o incluso la razón “tienen su base fisiológica evidente en la propiedad más característica del sistema nervioso, el poder de formar hábitos” (CP 1.390, 1891). Luego se detallan cinco principios sobre la formación de los hábitos en las neuronas, aunque aquí sólo nos interesarán los últimos dos⁹, ya que corroboran el íntimo vínculo entre hábito y facilitación:

“Cuarto, en la misma célula que ha sido excitada una vez y que por alguna casualidad ha sucedido que se descargue a sí misma a lo largo de algún o algunos caminos, ocurre que sea excitada una segunda vez, es más posible que se descargue a sí misma la segunda vez a lo largo de alguno o algunos de esos caminos por los que se había descargado previamente, que lo hubiera hecho si no se hubiera descargado antes” (...) [su contracara sería el] “Quinto, cuando ha transcurrido un tiempo considerable sin que un nervio haya reaccionado de un modo particular, se llega a un principio de tendencia olvidadiza o hábito negativo, que lo vuelven el menos apto para reaccionar por ese camino” (idem).

Entre estos dos principios se van conformando y descartando progresivamente los hábitos en el camino del aprendizaje y el crecimiento.¹⁰ En suma, podemos decir que ambos autores destacan propiedades similares para la formación de conexiones, ya que es la repetición de un determinado —*específico*— camino de descarga, privilegiado por una primera descarga exitosa, lo que fundamenta la génesis de un hábito/facilitación.

5. Conclusiones: las tendencias al hábito en Freud y una propuesta de relectura para la fijación de las creencias.

En la obra metafísica de Peirce, tanto el universo como la mente aparecen gobernados en el curso de su desarrollo por una tendencia que los arrastra desde la indeterminación absoluta hacia la regularidad, o mejor, hacia la adquisición de hábitos. “La hipótesis sugerida por este autor es que todas las leyes son resultado de la evolución; [lo] que subyace a todas las otras leyes es la única tendencia que puede crecer por su propia virtud, la tendencia de todas las cosas a establecer hábitos” (CP 6.101, 1903).

En otro lugar, Peirce señalará que esta tendencia es además autogenerativa, y retomará algo de lo que vimos en la sección anterior sobre la elección de caminos preferenciales:

“... todas las cosas tienen una tendencia a formar hábitos. Para los átomos y sus partículas, moléculas y grupos de moléculas, y en resumen: todo objeto real concebible, hay una gran probabilidad de *actuar como en ocasiones anteriores*, más que de otra manera. *Esta tendencia misma constituye una regularidad, y continuamente se está incrementando (...)* Es una tendencia generalizante; causa acciones en el futuro para seguir alguna generalización de las acciones pasadas, y esta tendencia es ella misma algo capaz de generalizaciones semejantes, y así, *es autogenerativa*. Por consiguiente, sólo tenemos que suponer el más pequeño rastro en el pasado y ese germen habrá sido obligado a desarrollarse y transformarse en *un principio poderoso y predominante (...)*” (las cursivas son nuestras) (CP 1.409, 1887).

En un sentido sugerentemente similar Freud somete, tanto a la formación de facilitaciones que aquí analizamos, como a la progresiva edificación del aparato psíquico que desarrolló en su obra posterior, a un principio de base, un requisito inexpugnable para la psique: el principio de inercia, ese “afán originario del sistema de neuronas, *afán que perdura a través de todas las modificaciones*, de ahorrarse ser lastrado por Qñ o de reducir ésta lo más posible” (las cursivas son nuestras) (1986 [1895]: 345).¹¹ Este principio se mantendrá durante toda su obra, subyacente a cada propuesta que se formule en el terreno del psicoanálisis. En sus últimos escritos fue en parte superpuesto con el principio de Nirvana –como una tendencia a la reducción o supresión de toda excitación, sea interna o externa– y distinguida de otra tendencia, equiparable en importancia y en ocasiones confundida con el principio de inercia, llamada principio de placer –según el cual la actividad psíquica tiene como fin evitar el displacer y asegurarse el placer. Ambos principios (de Nirvana y de placer), entonces, gobiernan el desarrollo de la psique a modo de *tendencias a formar hábitos* que permitan mantener la vigencia de cada uno.

Por último, quisiéramos señalar otro punto de la obra peirceana donde las conclusiones aquí alcanzadas podrían resultar de utilidad.¹² En *La fijación de la creencia* (CP 5.358-387, 1877), Peirce explica el funcionamiento del razonamiento humano como una tensión entre duda y creencia. Toda inferencia parte de una duda que cuestiona un estado de creencia: “la duda es un estado de *inquietud e insatisfacción* del que luchamos por liberarnos y pasar a un estado de creencia; mientras que este último es un estado de *tranquilidad y satisfacción* que no deseamos eludir o cambiar por una creencia en otra cosa” (las cursivas son nuestras) (CP 5.372, 1877). Puede establecerse sin problemas una relación entre la duda y los estímulos exógenos/endógenos, así como también entre el principio de constancia y el estado de creencia. Pero aquí también opera el principio de placer: “tan pronto como alcanzamos una creencia firme nos sentimos totalmente satisfechos, con independencia de que sea verdadera o falsa” (CP 5.375, 1877). En su afán por encontrar el placer, poco le importa a la psique si el objeto de satisfacción a su estímulo fue puesto en presencia de manera alucinatoria; basta con que provea un placer al menos temporal. Si bien Peirce no refiere a las actividades alucinatorias o al fantaseo, el señalamiento de que poco importa que las creencias sean falsas (podemos agregar, que sean falsas en la “realidad socialmente compartida”) nos acerca a esta idea.

Respecto del desarrollo del sistema neuronal, el texto ofrece un interesante pasaje: “La duda y la creencia tienen así efectos positivos en nosotros, aunque de tipo muy diferente. La *creencia* no nos hace actuar automáticamente, sino que *nos sitúa en condiciones de actuar de determinada manera, dada cierta*

ocasión. La *duda* no tiene en lo más mínimo un tal efecto activo, sino que *nos estimula a indagar hasta destruirla*. Esto nos recuerda la *irritación de un nervio y la acción refleja producida por ello*; mientras que como análogo de la *creencia* en el sistema nervioso tenemos que referirnos a las llamadas *asociaciones nerviosas* —por ejemplo, a aquel *hábito de los nervios* a consecuencia del cual el aroma de un melocotón hace agua la boca” (las cursivas son nuestras) (CP 5.373, 1877). La creencia es como el hábito/facilitación, puesto que *ante determinadas condiciones* se repetirá una *acción específica*, respondiendo así a las características de la función secundaria; la duda, en cambio, *choca* contra nosotros, genera *displacer*, y nos obliga a eliminarla mediante *descarga* del modo más rápido posible, como sucede en la función primaria.

De este modo comienza a entrelazarse una íntima relación entre la actividad inferencial que lleva al despliegue infinito de la semiosis y la economía libidinal de la psique en su dimensión afectiva. Por este camino se conducirán futuras indagaciones.

¹ El presente trabajo se enmarca en el PRII R13-217 “*Sobre la constitución de la subjetividad y el sentido: teoría de la práctica y reflexividad. Un abordaje a partir de Castoriadis y Bourdieu*”, dirigido por el doctorando Federico Ferme.

² En adelante nos referiremos al texto como *Conjetura*. Respecto a este texto de Peirce, como a todos los demás citados, se seguirán las traducciones disponibles en <http://www.unav.es/gep/Peirce-esp.html>, salvo explícita mención de lo contrario. Lo mismo valdrá para las cursivas, que serán de los propios autores a menos que se realice la correspondiente aclaración.

³ En adelante, *Proyecto*.

⁴ Es necesario introducir un distingo: por un lado está Q, que refiere al orden de magnitud de las cantidades del mundo externo; por otro está Q_n, cuyo orden de magnitud es intercelular.

⁵ En adelante, *Arquitectura*.

⁶ Un primer intento de esto fue realizado en *Conjetura*, pero la pérdida de hojas en el original dificultó su análisis. En *Arquitectura* sin duda se retoman estos argumentos y se los expone de manera completa, aunque posiblemente de modo más breve.

⁷ En este caso se sigue la traducción disponible en *Fragmentos de La Ciencia de la semiótica* (1978 [1904]: 55).

⁸ Recordemos que en este momento de su obra Freud aún no había descubierto la sexualidad infantil ni desarrollado la diferenciación entre pulsión de autoconservación y pulsión sexual, por lo cual ambos “estímulos endógenos” se mantienen en un mismo nivel.

⁹ El primero refiere a la descarga entre las células, cosa ya analizada en la sección anterior; el segundo explica el principio de fatiga como fundamento de la descarga, en cierto punto vinculable a las barreras-contacto y el límite de Q_n tolerable por el principio de inercia (cf. también secciones 9 y 10 de la primera parte de *Proyecto* (1986 [1895]: 357-362), donde Freud analiza los caminos que toma Q_n ante el aumento del estímulo); el tercero explica brevemente el fenómeno de la persistencia de la sensación, dado que existe un efecto tardío entre el cese de la excitación y el retorno al estado inicial de inactividad.

¹⁰ Para una interesante reflexión sobre el vínculo entre el crecimiento y los hábitos en el pensamiento de Peirce, se sugiere consultar Barrena (2001).

¹¹ Un ejemplo ya tratado de esta perduración a través de las modificaciones es el acopio de Q_n y la división arquitectónica de las neuronas en Φ y Ψ : se trata de un cambio de vital importancia, cuya finalidad no es contradecir el principio de inercia, sino retener energía para luego poder responder a estímulos endógenos, los cuales no pueden ser contrarrestados de otra manera y por lo tanto arruinarían por completo la posibilidad de la inercia neuronal.

¹² Una explicación más completa de lo que se desarrollará a continuación, vinculándolo con las propuestas de autores como Cornelius Castoriadis, PieraAulagnier, Maurice Merleau-Ponty y Eliseo Verón, podrá hallarse en Rosso, G. (2015).

Bibliografía

BARRENA, S. (2001), "Los hábitos y el crecimiento: Una perspectiva peirceana", en *Razón y palabra*, N° 21, disponible en http://www.razonypalabra.org.mx/anteriores/n21/21_sbarrena.html

FREUD, S. (1984 [1920]), "Más allá del principio de placer", en *Obras completas*, vol. XVIII, Buenos Aires, Amorrortu.

FREUD, S. (1984 [1915]), "Pulsiones y destinos de pulsión", en *Obras completas*, vol. XIV, Buenos Aires, Amorrortu.

FREUD, S. (1986 [1895]), "Proyecto de psicología", en *Obras completas*, vol. I, Buenos Aires, Amorrortu.

PEIRCE, C. S. (1978 [1904]), "Cartas a Victoria Lady Welby", en *Fragmentos de La Ciencia de la semiótica*, Buenos Aires, Nueva Visión.

PEIRCE, C. S. (1931–1966), *The Collected Papers of Charles S. Peirce*, 8 vols., C. HARTSHORNE, P. WEISS & A. W. BURKS (eds.), Cambridge, MA, Harvard University Press. [Referencias abreviadas como *CP* y seguidas del volumen, el número de párrafo y el año de redacción original].

ROSSO, G. (2015), "Más allá del cuerpo significante. Algunas consideraciones sobre las condiciones subjetivas del sentido", en *Revista Question*, vol. 1, n° 45 (enero-marzo de 2015), Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP. ISSN 1669-6581. Disponible en <http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/2380/2120>